

La vida eterna

Diferentes autores

biblicom.org

Índice

1 - La vida eterna	3
2 - La promesa de la vida eterna	5
3 - La vida divina en el creyente	6
4 - La vida que Cristo da	7
5 - La vida y la incorruptibilidad	8

1 - La vida eterna

«Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique a ti; así como le has dado poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos aquellos que le has dado» (Juan 17:1-2).

En contraste con nuestras débiles oraciones, la oración de nuestro Señor no muestra debilidad, porque es consciente del poder que le ha sido dado. Qué gracia saber que él es Señor en el cielo, teniendo poder no solo para satisfacer nuestras necesidades en las cosas secundarias –comida, vestido y techo– sino también para darnos todo lo que significa la «vida eterna»: el disfrute de una bendición que no cesará, una relación de comunión con el Padre y con el Hijo, en la santidad divina que está unida a ella.

¿Qué quería decir nuestro Señor diciendo que la «hora» había llegado? ¡Estaba hablando de esta hora como habiendo ya llegado! No pensaba solo en las horas de sufrimiento en Getsemaní y en la cruz, sino en su resurrección y en el momento en que se sentaría a la derecha del trono de gloria. ¿Por qué oraba para ser glorificado? En él nunca hubo egoísmo; su gloria traía gloria al Padre, ¡que siempre fue su único deseo!

El poder que nos da la vida eterna es el resultado de sus sufrimientos. La vida eterna no proviene de la simple creencia en la existencia de Jesús de Nazaret, o Jesús el Cristo, o incluso de Jesús el Hijo de Dios. Consiste en estar en relación con él, en tener el conocimiento vivo y vital de su Persona en mi propia alma; es aceptar a Cristo no solo como hombre, sino también como el Dios vivo que él manifestó.

No tengamos temor de hablar libremente, y a fondo, sobre estas preciosas verdades, sobre la vida eterna que poseemos. Háganos saber cómo lo obtuvimos. Este es un tema sagrado y especialmente bendito.

S. Ridout

*Oh, gracia infinita, Jesús, en su amor,
¡Me dio la vida, me salvó sin retorno!
Y ahora camino gozoso hacia el cielo,
Llevado por la seguridad de la eterna felicidad.*

H. Arnéra

«Estas cosas dijo Jesús; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique a ti; así como le has dado poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos aquellos que le has dado» (Juan 17:1-2).

¿No debería esta palabra del Señor tocar nuestros corazones y llevarnos, humillados, al amor y a la adoración? Considerad las circunstancias en las que se encontraba el que dijo esto, y pensad en lo que era su intenso deseo: ser colocado en una posición tal que pudiera glorificar a su Padre, comunicándonos la vida eterna.

Mirándote, ¿puede Cristo decir que glorificó al Padre a propósito de ti y que te dio la vida eterna?

Cuando iba camino a la cruz, ¿el Señor estaba ansioso por encontrar alivio a sus sufrimientos? ¡No! Quería glorificar a Dios, comunicar la vida eterna a los suyos. Y este don de la vida eterna, lo consideraba no solo como su propia gloria, sino como siendo la gloria del Padre; y él era el único que podía darla. Oró al Padre para que le glorificara al comunicar la vida eterna a todos aquellos que el Padre le había dado. ¡Qué dulzura en esta palabra! La autoridad sobre toda la carne fue dada al Hijo para que pudiera ser para nosotros aquel que vivifica, el dador de la vida eterna –para que pudiera darnos un lugar con Él-mismo.

Dios nunca podrá olvidar nada de lo que su Hijo sufrió para traernos a este lugar, y Cristo nunca podrá olvidar a *ninguno de* los que el Padre le ha dado: no faltará ninguno. Nuestra vida está en él, y sea lo que sea que tengamos que atravesar en la tierra, esta vida es incorruptible e inmutable. El vaso, nuestro cuerpo humano, puede ser estropeado, pero la vida es conservada: es eterna. Y esta vida eterna fue dada por Cristo para que pudiéramos tener comunión con el Padre y con el Hijo.

según G.V. Wigram.

La vida eterna es:
Divina en su naturaleza.
Celestial en su origen.
Eterna en su duración.

2 - La promesa de la vida eterna

«Con la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió antes de los tiempos de los siglos» (Tito 1:2).

La Ley ofrecía la vida al hombre mortal, pecador, pero era incapaz de darle los medios para apoderarse de esa vida y hacerle justo ante Dios (Rom. 8:3). Ciertamente, la Ley es en sí misma «santa», y el mandamiento es «santo, justo y bueno» (7:12). «Haz esto y vivirás», dice el Señor al pecador de la raza de Adán (Lucas 10:28), pero el pecador era incapaz de *hacerlo, por lo que* la santa ley de Dios solo podía condenarlo. «Porque si hubiera sido dada una ley capaz de dar vida, la justicia sería ciertamente por la ley» (Gál. 3:21); pero es por gracia que Dios quiere salvar. De hecho, antes de la Ley –«antes de los tiempos de los siglos» (2 Tim. 1:9)– Dios había prometido la vida al hombre. Esta promesa estaba en Cristo Jesús; por eso vino a nosotros para librarnos del pecado y de la muerte para que pudiéramos tener vida en él, una vez que se había demostrado que el hombre era incapaz de cumplir la Ley y por lo tanto no podía darle vida. ¡Maravillosa sabiduría de Dios!

Era una promesa, «la esperanza de la vida eterna» (Tito 3:7), como sugiere el nombre «el árbol de la vida» en el jardín del Edén (Gén. 2:9). A diferencia del árbol del conocimiento del bien y del mal, el hombre era libre de comer de él, pero después de su caída, Dios ya no le permitió al hombre el acceso al árbol de la vida (3:22-24). Entonces el don de la Ley hizo al hombre consciente de su pecado y de su propia incapacidad para obtener la vida eterna. Fue reducido a silencio ante Dios, pero Dios, a través de la muerte de su Hijo, encontró la manera de darle esa vida que había planeado para él antes de que el tiempo existiera.

Esta vida, en todas sus cosas infinitamente preciosas, no conoce ni declive ni fin. Prometida antes del tiempo de las edades, permanecerá más allá de los días gloriosos del reinado y dominio del Hijo de hombre; mucho más allá de los días del esplendor del reinado de mil años, hasta el tiempo de la sublime bendición del estado eterno, cuando Dios será «todo en todos» (1 Cor. 15:28). Sin embargo, ya ahora esta vida es nuestra en Cristo Jesús. Es nuestro: «El don de Dios es vida eterna, en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom. 6:23). Es imposible medir este don; está más allá de toda estimación humana, pero gracias a Dios, es nuestro por efecto del favor divino.

H.J. Vine

3 - La vida divina en el creyente

«Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Juan 3:6).

Cada hijo de Dios se convirtió en «un partícipe de la naturaleza divina» a través del nuevo nacimiento (2 Pe. 1:4). Esta nueva naturaleza divina implantada en el creyente es un acto soberano de Dios por su Espíritu y por medio de la Palabra. Así como recibimos la naturaleza humana, degradada por el pecado, a través del nacimiento natural, recibimos la naturaleza de Dios a través del nuevo nacimiento.

Esta nueva naturaleza dada al creyente está inseparablemente ligada a la persona de Cristo que es su fuente. Tiene las mismas cualidades y características en el creyente que en Cristo, con las mismas aspiraciones y alegrías. Solo puede tener libertad cuando puede actuar en el creyente de la misma manera que lo hizo en Cristo cuando estaba en la tierra. Algunos dirán que hoy en día vivimos en un ambiente muy diferente al de cuando Cristo estaba en la tierra. Esto es cierto, por supuesto, si hablamos de inventos y comodidades modernas; pero la naturaleza humana y las relaciones humanas no han cambiado, y era en estas últimas que se manifestaba la naturaleza divina en Cristo.

Sin esta naturaleza divina, no es posible tener una felicidad permanente. La vida divina se caracteriza esencialmente por la santidad y el amor, y encuentra su perfecta realización en el servicio útil a Dios y al hombre. El creyente solo puede ser feliz si tiene este tipo de vida. También tiene al Espíritu Santo morando en él para fortalecer y desarrollar esta nueva naturaleza. Mientras nos nutrimos de la Palabra de Dios con un corazón obediente y en espíritu de oración, el Espíritu Santo toma lo que es de Cristo y nos lo anuncia (Juan 16:14).

La nueva naturaleza del creyente se complace en Dios y en su voluntad para el hombre. Esta naturaleza divina en él coincide con la voluntad de Dios, ya que ambas provienen de la misma fuente. Cuando el hijo de Dios permite a la naturaleza divina que se desarrolle en él y que sea activa y fuerte, resulta una verdadera felicidad.

E.C. Hadley

4 - La vida que Cristo da

«La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros, en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos unos a otros, con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios» (Colosenses 3:16).

A menudo oímos hablar de la clase de vida que Cristo da a los que confían en él. Me gustaría extraer cuatro lecciones del versículo anterior, que nos muestra el tipo de vida que Cristo *no nos da*.

La primera palabra es «**habitar**». Cristo no da una vida efímera, sino una vida eterna y abundante. No quiere que lo visitemos ocasionalmente, pero le gustaría que su Palabra habitara en nosotros «**en abundancia**». Esto significa que debemos sumergirnos diariamente en la Palabra de Dios y en la oración. «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Sal. 119:11).

La segunda palabra es *sabiduría*. Cristo no da una vida vacía y sin sentido. Incluso cuando somos jóvenes, podemos empezar a obtener de esa sabiduría que es «de arriba» (Sant. 3:17) y que se encuentra en Cristo. Llegamos al alcance de «toda la riqueza de una plena seguridad de comprensión, para el conocimiento del misterio de Dios, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col. 2:2-3).

La tercera expresión son los verbos *enseñar* y *exhortar*. Cristo no da una vida inútil. No necesitamos ser predicadores para enseñarnos y exhortarnos unos a otros. «Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame» (Sal. 25:4-5). Lo que ha aprendido de Cristo, cada cristiano puede transmitirlo a otra persona, y hacerlo de manera útil.

La cuarta palabra es *cantar*. Cristo no da una vida monótona. Satanás quiere hacernos creer esto, pero, de hecho, cuando el cristiano canta, expresa la alegría y el entusiasmo de lo que ha encontrado en Cristo. Tenemos derecho a cantar porque hemos sido redimidos –«cantando y alabando al Señor en vuestros corazones» (Efe. 5:19).

5 - La vida y la incorruptibilidad

«Cuando Cristo, quien es nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Colosenses 3:4).

El pretendido conocimiento del hombre, que se jacta de humanismo al negar su caída inicial en el jardín del Edén, es totalmente destruido por la grandeza de esta verdad de que hay un Hombre resucitado. El inquieto océano de las especulaciones humanas todavía rueda sus olas, hoy como en siglos pasados, pero solo para romperse contra la barrera infranqueable de la muerte. Oh, sabiduría humana, «Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas» (Job 38:11).

La buena noticia es que Aquel que fue crucificado, ha resucitado de entre los muertos, y este evangelio es «poder de Dios para salvación a todo el que cree» (Rom. 1:16). La «locura de la predicación» (1 Cor. 1:21) del Hombre crucificado es el medio para Dios de salvar al que cree. Es de la muerte de Cristo que vino nuestra vida; y vivimos en el poder de su resurrección. La vida del cristiano está, por lo tanto, en Cristo que ha resucitado de los muertos. A través de la acción del Espíritu de Dios en él, el cristiano conoce lo que pertenece a la vida y a la incorruptibilidad revelada en el evangelio (2 Tim. 1:10). Esta buena noticia de Dios nos trae una nueva vida –la vida eterna– a través de la *muerte de* su Hijo, y la *incorruptibilidad*, una nueva creación en el poder de la *resurrección de* su Hijo. Así, aunque toda la grandeza del hombre termina con la muerte, para el creyente, la muerte no es el final de todo. En realidad, es una espera con Jesús «en el Paraíso» (Lucas 23:43), hasta que la mañana de la resurrección amanezca y los cuerpos de todos los creyentes dormidos despierten para estar con Cristo en la gloria.

Entonces la nueva creación, de la que ya forman parte los que son de Cristo, será vista en perfección. La vida en un Cristo resucitado es nuestra parte presente. La incorruptibilidad y el ser hechos como él es nuestra parte futura. En Cristo, «el Primogénito de entre los muertos» (Col. 1:18), poseemos la nueva vida y esperamos la gloria admirable y perfecta de la nueva creación.

H.F. Witherby